

—Cristiano, que me cuenta!

—Lo que oye, y no levante la voz; porque está hablando con el compadre el señor que trae la orden.

—Y qué hacemos?

—Dilatarle el desayuno mientras llego á San Miguel y le aviso al capitán.

—Váyase, compadre, está ensillado el caballo de Marcial, tómelo y no pierda tiempo.

—Nos veremos muy pronto, adios.

—No tenga cuidado, yo le hecho una plática al amo que dure media hora.

—Se lo recomiendo, y adios.

La mujer de Marcial desempeñó perfectamente su papel: el marido la reñía por la dilación á grito partido.

Después de media hora presentó al huésped el chocolate y se puso á darle conversacion, mientras el Pípilo á todo escape llegaba á la ciudad de San Miguel el Grande.

IV.

El capitán Ignacio Allende era un guapo mozo, y ya lo hemos visto en las juntas lleno de entusiasmo, ser el alma de la conspiracion.

Allende todo se lo prometia de su arrojo, y tenia razon, porque su alma no conocia horizonte.

Preocupado con la empresa gigante que iba á acometer, su cabeza era un mundo de pensamientos encontrados, hablaba solo, en el espejismo del porvenir se habia soñado grande y lo sería, porque su voluntad era inflexible.

Jóven, valiente, afortunado é instruido en el arte de la guerra que habia estudiado, en la predestinacion de su espíritu alumbraba con su genio el abismo que otros hallaban oscuro y cubierto de sombras.

La mañana del 15 de setiembre se encontraba en su casa y en el departamento mas retirado, haciendo planes de fortificacion y defensa de plazas.

Estudiaba el modo de convertir en soldados á hombres que jamas habian empuñado las armas, todo por medio de la estratejia.

Veia el modo de duplicar la fuerza por medio de parapetos y pensaba en la fabricacion de armas.

Aquella imaginacion volcánica presentaba ejércitos, trenes de guerra, mentia combates y asaltos, y al pensar que seria la figura prominente en medio de aquel huracan de gloria y de peligro, se enloquecia de entusiasmo.

Inmortalizar su nombre, hacer libre á un pueblo, luchar, vencer, he aquí el orgullo de su alma y la ambicion gigante de su espíritu.

Envuelto en aquel mar agitado, no apercibia los golpes que una mano robusta daba sobre la puerta del aposento.

Cuando arrojó el lápiz de la mano, con que habia estado trazando líneas en el papel, y volvió en sí de su vértigo, notó que llamaban.

Abrió la puerta y se encontró con el barretero.

—Qué me quieres?

—Necesito hablar á su merced.

—Entra.

El Pípilo sacó del forro del calzon un papelito y lo entregó al capitán.

Allende pasó la vista por la esquila trazada violentamente, la volvió á leer y la hizo pedazos.

—Sabes tú el contenido de este papel?

—Sí, señor capitán, la persona que me encargó entregarlo, me dijo: dí al capitán Allende que lo han denunciado, que se salve.

—Está bien.

—No mucho, he dejado á media legua de aquí al extraordinario que trae la órden para que arresten á su merced.

—Le has visto? preguntó Allende con ansiedad.

—Ha sido mi compañero de viaje, y á propósito le he mandado detener en la casa del compadre Marcial.

—Muchacho, tú eres un valiente, y te debo la vida; marcha inmediatamente á Dolores y avisa al cura; dile que arregle lo que le parezca mientras yo concluyo este negocio.

—Está bien, capitán.

—Toma dinero.

—Me sobra, respondió el Pípilo dándose un golpe en la bolsa del calzon que llevaba llena de plata.

—Bien, pronto nos encontraremos sobre el camino.

El Pípilo se marchó rumbo á Dolores.

Allende salió inmediatamente, montó en su caballo y se dirigió al encuentro del extraordinario.

El compadre Marcial y su esposa desempeñaron fielmente su comision.

El enviado del intendente Riaño se impacientó con la tardanza del barretero y sin esperar mas tomó el rumbo de San Miguel. Diremos de paso, que ignoraba la mision importante que lo llevaba á esa ciudad.

A la entrada de San Miguel se encontró con Allende.

—Disimulad, vos sois el comisionado de Guanajuato que trae unos plegos?

—Precisamente.

—Os habeis detenido mas de lo regular, sabiendo que interesan al bien público.

—Os juro que lo ignoraba.

—Primero han llegado otros avisos que vos.

—Perdonad, señor capitán, me detuve un instante----

—Mal hecho; dadme los pliegos.

El extraordinario, sin sospechar nada, entregó el cartapacio.

—Tomad la cubierta y regresad en el acto.

—Estoy sumamente cansado.

—No importa, en servicio del rey no debe haber omisiones, tomad ese dinero y regresad.

—Está bien.

—Decidle al intendente que sus órdenes serán cumplidas en el momento.

—Dios guarde al señor capitán.

Cuando el enviado se perdió en las sendas del camino que va para Guanajuato, Allende abrió el pliego y vió que tenia en su mano la órden fatal de su arresto.

—Me he salvado---- yo podia en este momento dar el golpe; pero necesito consultar con el señor Hidalgo---- Vamos, que es un lance que no esperaba---- los momentos urgen, marchemos, no es difícil que llegue otra órden y entónces no hay remedio---- Es necesario avisar á los compañeros; pero la dilacion puede causar un mal irreparable; ademas que Aldama y Abasolo se encuentran de destacamento y llegan esta tarde.

—Demonio! en este momento llega Aldama, esperemos á que pase por este sitio.

—Hola! Ignacio, qué andas haciendo por los suburbios? seguramente estás de conquista.

—Para conquistas estamos!

—Estás muy raro.

Allende se acercó al oido de Aldama y le dijo algunas palabras.

—No importa, ya lo esperaba, dime lo que piensas.

—Marchar al momento.

—Soy de tu opinion, y lo mas pronto que sea posible.

Sin vacilar, azotaron fuertemente sus caballos y á todo escape se dirigieron al pueblo de Dolores.

V.

Mientras que Ignacio Perez y el inválido Sariñana volaban rumbo á San Miguel, el inocente teniente de dragones era presa del magnetismo impío de los ojos de la patrona, que alegre y vivaracha daba un rudo ataque de coquetería á su pretendiente.

—Vamos, Petronila, si me ves de ese modo voy á perder el juicio!

—El señor teniente está de broma.

—Que broma ni que juego! si estoy enamorado hasta los tuétanos.

—Eso me dicen todos mis novios.

—No importa, puede ser cierto; porque con tus miradas eres capaz de quemar al sol.

—Y todo eso á que viene?

—A que estoy por tí que me bebo los vientos y ----

—Yo no me atengo sino á las pruebas.

—Estoy dispuesto á darte cuantas exijas.

—A que no cumple el señor teniente lo que ofrece?

—Probemos.

—Pues al terreno, necesito que se quede esta noche para poder hablar.

—Cáscaras! eso es imposible, muchacha, voy de extraordinario.

—Ya esperaba la respuesta.

—Me comprometeria espantosamente.

—No quiero ser impertinente, váyase su merced.

—Perder un lance tan bueno es una barbaridad, decia entre dientes el militar.

—Quedaos hasta la tarde.

—Imposible.

—Pues voy cediendo mas de lo regular.

—Mira, chica, un par de horas será lo mas que pueda estar en tu casa.

—Vaya tres; porque mi padre tiene que salir al campo.

—Convenido.

—Pues ya sabeis, dentro de tres horas nos veremos en el próximo bosquecillo.

No faltaré.

—Tres horas, decia Petronila, y una que le haga esperar son cuatro; el negocio es hecho.

El teniente de dragones salió al terreno convenido y se apostó en el bosque.

La impaciencia mas grande le devoraba, el aguacero seguia en toda su fuerza y el infeliz amante de la patrona corria un bromazo de lo lindo.

Aburrido soberanamente con la tardanza y no queriendo faltar á sus deberes, azotó su caballo, que resbalando en el lodo apenas podia dar un paso.

Desde la puerta de la casita lo vió marchar la patrona con una risa de burla tan incisiva, que si el teniente la hubiera visto, se tira de las orejas como un desesperado.

VI.

Ignacio Perez y el inválido llegaron á San Miguel el Grande.

El alcaide corrió en busca del capitán Allende, que habia partido ya, y no tuvo mas remedio que pasar al cuartel donde el capitán Abasolo llegaba de partida.

—Qué hace por aquí el señor alcaide?

—Señor, un negocio de urgencia me trae á vuestro lado.

—Bueno será ello.

—He buscado al señor capitán Allende, cuyo paradero se ignora.

—Y qué le quereis?

—Señor, la conspiración está descubierta y viene tras de mí un teniente de dragones de la reina, con la orden de arresto.

—Malo, malo!

—Creedme, señor, y salvad a todos los compañeros.

—Decís que Allende no está en su casa?

—No señor.

—Habrá sabido algo?

—Lo ignoro.

—Y has visto al capitán Aldama?

—No señor.

—Amigo mío, dijo con calma el capitán, estas cosas no tienen remedio y es necesario darles una pronta solución.

—Estamos perdidos; en Querétaro han arrestado al corregidor y á todos los comprometidos.

—La cosa va de mal en peor.

—Se han ensañado contra los amigos.

—Era natural; ¡y estais muy cansado?

—Disponed de mí.

—Pongámonos en camino para Dolores.

—Al momento.

—Es necesario que el cura Hidalgo esté al tanto de lo que pasa.

—Me parece muy bien.

—Pues andando, que el tiempo vuela.

—Por mí á la hora que gustéis.

Abasolo llamó á uno de sus sargentos, que estaba también en la conspiración, y le dijo:

—Estamos descubiertos, vuestros nombres no aparecerán en la lista de los denunciados, estad alerta y esperad mis órdenes; buscad á los capitanes Allende y Aldama, y avisadles.

—Está muy bien, mi capitán, ya sabéis que nosotros seremos fieles hasta la muerte.

—Lo sé, hijo mío; si encontráis á mis compañeros, decidles que parto en este momento á Dolores en busca del cura Hidalgo.

—Adios, y no hay que desmoralizarse.

—Es muy poco eso para nosotros.

El capitán Abasolo estrechó la mano de su sargento, y acompañado de Ignacio Perez y el inválido emprendió su camino ya cerca de las tres de la tarde del día 15 de setiembre de 1810.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.